

# Teresa Bracco

**Teresa Bracco nace el 24 de febrero de 1924 en Santa Giulia (provincia de Savona, al norte de Italia), siendo la sexta hija del matrimonio entre Ángela y Jacobo Bracco, sencillos campesinos que hacen fructificar con incansable trabajo sus propiedades rurales. El padre es severo pero justo, y la madre dulce y apacible. Por las tardes, el propio Jacobo dirige el rezo del Rosario en familia. El nombre de Teresa le viene en honor de la «pequeña santa» de Lisieux, beatificada en 1923. Mamá y papá fueron para ella ejemplos de fe y fortaleza cristianas.**

En 1930 llega a Santa Giulia un joven y dinámico sacerdote: Don Natale Olivieri. Enseguida se percata del fervor de Teresa, que frecuenta con regularidad sus lecciones de catecismo. La niña desea con ahínco recibir la primera comunión, gracia que le será concedida en la primavera de 1931. Su vida transcurre entre la casa familiar, ayudando a su madre en las labores domésticas, la escuela municipal y los campos, donde a veces se lleva a pastar el ganado. El sacerdote la presenta como modelo: «Hagan como Teresa; si todos fueran como ella, se acabarían mis preocupaciones».

El 2 de octubre de 1933, Teresa recibe el sacramento de la Confirmación. En su corazón lleva grabadas las palabras de Don Natale: «Estamos en la tierra para conocer, amar y servir al Señor, y contemplarlo en la otra vida en el Paraíso. Eso es lo que debe importarnos. Si no, lo perdemos todo». En casa Bracco llegaba regularmente el Boletín Salesiano. Del número de agosto de 1933 Teresa recortó la tercera página, que traía la imagen de Domingo Savio, hijo de campesinos como ella, declarado recientemente venerable y que se había propuesto el exigente propósito: “La muerte antes que el pecado”. Teresa – tenía solamente nueve años – quedó fascinada y colgó la

página en la cabecera de su cama. Desde entonces hizo suyo el lema de Domingo. Declaró guerra al pecado: “Más bien me dejo matar”, escribió. Y mantuvo el propósito.

Teresa era una muchacha reservada, modesta, delicada en su relación con las personas, dispuesta siempre a ayudar. Y linda: grandes ojos oscuros y aterciopelados, que brillaban en un rostro sereno y atento, coronado por dos gruesas trenzas negras. Linda, decía, pero sin trazas de vanidad.

Sabía atraer la admiración respetuosa de sus paisanos: “Una chica de esa clase no la he visto nunca antes y no la he vuelto a ver jamás después”, afirmó uno de ellos. “Había en ella algo diverso de las otras chicas”, recuerda una amiga. “Era la mejor de todas nosotras”, recuerda la hermana Ana.

Teresa pudo completar solamente el cuarto grado de primaria. A la edad de dieciséis años Teresa asume trabajos agrícolas más duros, pues en esa familia no hay ningún hombre más que el padre: lleva los bueyes para la labranza, siembra, siega y recoge los frutos, pero nunca se queja del cansancio.

No rechaza trabajo alguno, sustituyendo de buena gana a sus hermanas, hasta el punto de que Jacobo

les dice un día: «Tengo miedo de que le hagan daño, porque es demasiado buena».

Su hermana Josefina describe del siguiente modo el carácter de Teresa: «No sé de dónde sacaba tanta fuerza. Aceptaba fatigas y sacrificios por amor de Dios. Todo se lo tomaba por el lado bueno. Nunca la vi enfadada, ni actuar irreflexivamente. Morir antes que pecar, ése era su programa de vida».

Llevaba siempre consigo la corona del rosario y, mientras pastoreaba, no dejaba de rezar. Ginin –como la llamaban– sacrificaba con gusto preciosas horas de sueño con tal de poder recibir la comunión. La iglesia, en efecto, no estaba muy cerca de la casa, la misa se celebraba muy temprano y ella no quería perderla por nada al mundo.

La Eucaristía, la devoción a la Virgen y la espiritualidad del deber: aquí está el secreto de su santidad.

Corre el mes de septiembre de 1943. Dos meses después de la destitución de Mussolini, Italia y las potencias aliadas firman un armisticio. Como represalia, y para evitar la invasión de su territorio, el Tercer Reich alemán decide ocupar la península italiana. Se organizan movimientos armados de resistencia contra el ocupante, que son especialmente activos en la provincia de Savona.

Los alemanes, exasperados por la «traición» del aliado italiano, responden con severa represión a las operaciones de guerrilla. La diócesis de Acqui, a la cual pertenece Santa Giulia, sufre un doloroso calvario.

En la familia Bracco, aquellos tiempos turbulentos son testigos del fallecimiento del padre, Jacobo, el 13 de mayo de 1944 como consecuencia de una enfermedad. Las seis mujeres que quedan en casa deben proveer a su subsistencia.

Teresa tiene veinte años. Lejos de sentirse debilitada e inestable por la muerte de su padre, la joven se ha hecho más fuerte y valerosa, como si hubiera recibido como legado las virtudes paternas.

El 24 de julio tiene lugar cerca de Santa Giulia un sangriento enfrentamiento entre un destacamento alemán y un grupo de la resistencia. Después de haber matado a varios soldados, los partisanos se refugian en el pueblo.

Al día siguiente, los alemanes regresan con refuerzos y se entregan al saqueo. Son destruidas cinco granjas, y corre el rumor de que los soldados han violado a mujeres y adolescentes.

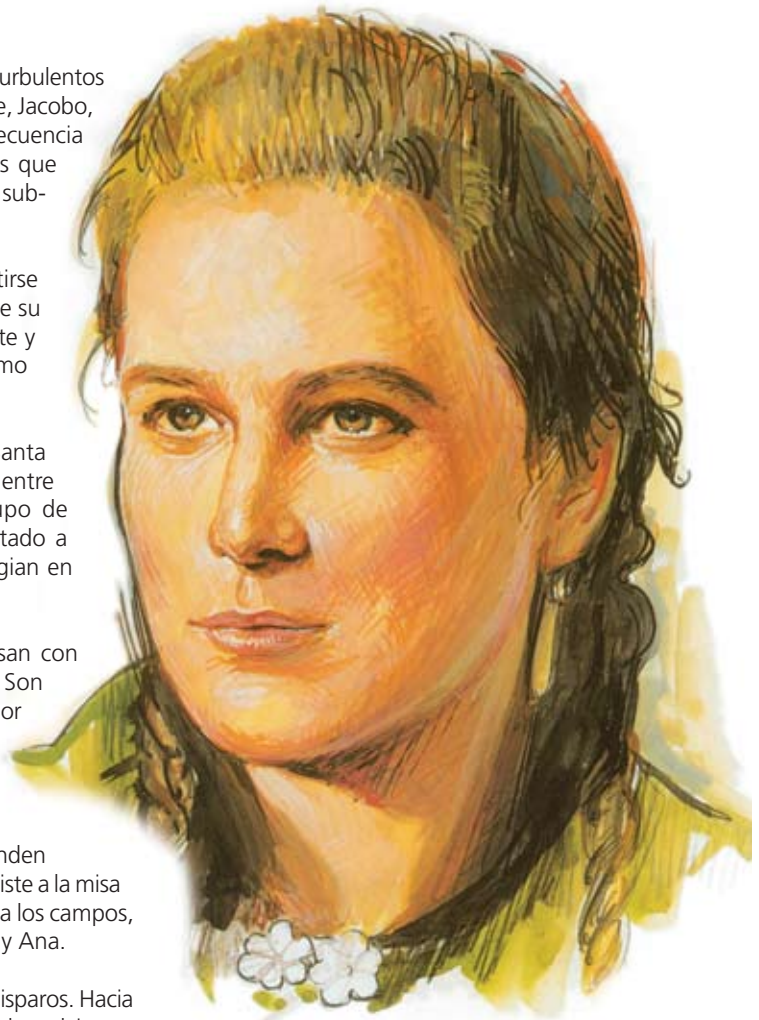
El 27 de agosto se produce un nuevo enfrentamiento. Los partisanos emprenden la huida. El 28 por la mañana, Teresa asiste a la misa de las siete, y luego marcha a trabajar a los campos, acompañada de sus hermanas Adela y Ana.

De pronto, las tres jóvenes oyen unos disparos. Hacia las nueve, unos partisanos que huyen les advierten de que no regresen a Santa Giulia porque están los alemanes.

A pesar de su natural timidez, Teresa no les hace caso. «¿Qué más pueden hacerme que matarme?» – le dice a un vecino. Está resuelta a socorrer a su madre y a ayudar a poner a buen recaudo los objetos familiares más preciados, entre los que se encuentra la fotografía del padre.

Acompañada de sus hermanas, emprende el camino hacia el pueblo y alcanza un paraje denominado «el castañar», donde están ya los habitantes que han huido, entre ellos su madre.

Una amiga de Teresa nos cuenta lo siguiente: «Hablé con ella de la barbarie de los soldados y de su poco respeto hacia las mujeres. Ella me dijo con decisión: Antes que ser profanada, preferiría morir».



Secuestrada por un soldado alemán, Teresa trató de eludir sus brutales intenciones y, al ver que todo esfuerzo era inútil, prefirió renunciar a la vida antes que perder la virtud tan celosamente guardada.

La hallaron, con el cuerpo martirizado, el 30 de agosto de 1944. Su sacrificio no fue sino el último acto de una existencia entregada totalmente al Evangelio. Juan Pablo II la beatificó el 24 de mayo de 1998, fiesta de María Auxiliadora, cuando fue como peregrino a Turín ante la Sábana Santa.

En esa circunstancia el Papa dijo: “Señalo a los jóvenes esta chica [...] para que de ella aprendan la límpida fe atestiguada en el empeño cotidiano, la coherencia moral sin compromisos, el coraje de sacrificar, si es necesario, también la vida para no traicionar los valores que le dan sentido a la vida”